Ni sumisas, ni calladas. Mujeres audaces en la Iglesia.

1ª Entrega:

María Magdalena: la apóstola a la que quisieron convertir en pecadora

No podíamos empezar por otra… Durante siglos nos contaron que María Magdalena era una prostituta arrepentida. Te reto a que encuentres en qué pasaje del Evangelio se dice eso… Los evangelios nunca mencionan nada parecido. Lo que sí cuentan es que fue discípula de Jesús, que lo acompañó hasta la cruz y que recibió el encargo de anunciar su resurrección. ¿Cómo pasó una mujer con semejante protagonismo a ser recordada, sobre todo, por unos pecados que nadie había mencionado? Hagamos un poco de historia:

Una mujer con nombre propio

María Magdalena es una de las mujeres más conocidas del cristianismo y, paradójicamente, aquella cuya historia ha sido, quizá, más distorsionada.

Los evangelios nos ofrecen pocos datos biográficos sobre ella. No sabemos su edad, su situación familiar ni a qué se dedicaba. Su nombre, Magdalena, probablemente hace referencia a Magdala, una localidad situada a orillas del lago de Galilea.

Lo que sí sabemos, es algo mucho más importante: **María formó parte del movimiento de Jesús.** Lucas (8,1-3) menciona expresamente a varias mujeres que acompañaban a Jesús en su recorrido por pueblos y aldeas: María Magdalena, Juana, Susana y otras muchas. Además, señala que contribuían al sostenimiento del grupo con sus propios bienes.

Este detalle resulta especialmente significativo. Nos habla de mujeres que no se limitaban a escuchar ocasionalmente a Jesús, sino que participaban activamente en su movimiento y contribuían a hacerlo posible. Eran discípulas, aunque durante siglos hayamos reservado casi exclusivamente esa palabra para los varones.

El evangelio también cuenta que Jesús había expulsado de María Magdalena siete demonios. No sabemos exactamente qué experiencia se esconde tras esa expresión, propia de la mentalidad de la época. Podría hacer referencia a una enfermedad o a una situación de profundo sufrimiento. Pero nada permite relacionarla con la prostitución, ni con una supuesta vida de pecado.

¿Quién convirtió a María Magdalena en prostituta?

Durante los primeros siglos, la tradición cristiana occidental identificó a María Magdalena con otras mujeres de los evangelios: la pecadora anónima que unge los pies de Jesús en casa de un fariseo (Lc 7,36-50) y María de Betania, hermana de Marta y Lázaro (Jn 12,1-8). Son personajes que aparecen en relatos diferentes y que los evangelios no identifican expresamente como una misma persona. Por otra parte, tampoco el relato de Lucas afirma que aquella mujer anónima fuera prostituta.

Esta identificación fue desarrollándose progresivamente y adquirió una enorme influencia a partir de una homilía del papa Gregorio Magno, pronunciada en el año 591, que reunió a estas mujeres en una única figura. No fue una declaración doctrinal sobre la identidad de María Magdalena, pero contribuyó decisivamente a consolidar aquella interpretación en la tradición occidental.

Así fue tomando forma la imagen de una mujer marcada por el pecado sexual, que había encontrado la redención a través del arrepentimiento. Una imagen que se perpetuó durante siglos en la predicación, la pintura, la literatura y, más recientemente, el cine.

Llegadas a este punto, conviene que nos preguntemos: ¿qué consecuencias tuvo esta transformación? La memoria de una mujer que había seguido a Jesús y anunciado la resurrección quedó desplazada por la imagen de una pecadora penitente. Su protagonismo como discípula fue oscurecido por una historia de culpa y perdón.

Desde la teología feminista, esta transformación resulta especialmente significativa. Nos invita a preguntarnos por qué la tradición prestó tanta atención a la supuesta sexualidad de María Magdalena y tan poca a su autoridad como testigo y anunciadora. No se trata, por supuesto, de despreciar a las mujeres que han ejercido la prostitución, ni de considerar menos valiosa la experiencia del perdón. Se trata de denunciar algo diferente: la facilidad con la que una cultura patriarcal ha podido construir una identidad femenina alrededor de su sexualidad, incluso sin encontrar fundamento para ello en las fuentes. Todo lo que María había representado en la comunidad de discípulos y discípulas de Jesús, todo lo que había hecho, quedaba oculto y sin valor, opacado por lo que, supuestamente, era.

La discípula que permaneció

Lo que sí hacen los evangelios es situar a María Magdalena en uno de los momentos más difíciles de la vida de Jesús: su crucifixión. Marcos (15,40-41) la menciona **expresamente** entre las mujeres que contemplaban la ejecución y recuerda que habían seguido y servido a Jesús desde Galilea. Y ya sabemos la importancia que tiene la mención del nombre, especialmente, de una mujer, en los escritos de esa época.

Los distintos evangelios describen de manera diferente la presencia de sus seguidores durante la pasión. Sin embargo, **todos conservan la memoria de María Magdalena** vinculada a los acontecimientos de la muerte y la Pascua de Jesús.

Y aquí encontramos un rasgo fundamental de su discipulado: la **fidelidad**. María no aparece únicamente en los momentos de entusiasmo, cuando Jesús predica y las multitudes lo siguen. También está presente cuando su proyecto parece haber fracasado, cuando seguir vinculada a él puede resultar peligroso y cuando todo parece terminado. Cuando la mayoría se esconde y desespera.

María Magdalena es una mujer que ha recorrido un camino con Jesús y cuya presencia permanece en los relatos de los acontecimientos más dolorosos. Esa fidelidad no es

pasividad ni resignación. Es una forma de **compromiso** que resiste incluso cuando desaparecen las certezas.

«He visto al Señor»: la primera anunciadora

El evangelio de Juan (20,11-18) conserva uno de los relatos más hermosos y significativos sobre María Magdalena. María está junto al sepulcro, llorando. Busca el cuerpo de Jesús y no comprende lo que ha sucedido. Entonces escucha que alguien la llama por su nombre: «¡María!». Ella reconoce a Jesús. Pero el relato no termina en ese encuentro personal. **Jesús le encomienda una misión**: acudir a sus hermanos y transmitirles lo que ha vivido. María va y anuncia: **«He visto al Señor» (Jn 20,18).** No se limita a recibir una experiencia religiosa para guardarla en su intimidad. Es enviada a comunicarla.

En el evangelio de Juan, María Magdalena aparece como la primera persona que encuentra a Jesús resucitado y recibe el encargo de anunciarlo a sus discípulos. Otros relatos pascuales presentan diferentes tradiciones sobre las primeras apariciones, pero todos los evangelios reconocen a las mujeres un lugar fundamental en los acontecimientos de la mañana de Pascua.

Por eso María Magdalena ha sido reconocida en la tradición cristiana como *apóstola de los apóstoles*. Esta idea aparece documentada ya en los siglos II y III (Hipólito – *Comentario al Cantar de los Cantares*) y el título exacto comienza a utilizarse en los siglos XII y XIII, en la reflexión de Pedro Abelardo y Tomás de Aquino. Hasta que, en 2016, el Papa Francisco lo hizo oficial.

Todo esto tiene una enorme importancia teológica. La palabra «apóstol» significa "enviado". Si entendemos el apostolado en ese sentido, María Magdalena desempeña una función verdaderamente apostólica: es Jesús quien la envía y quien confía en su palabra. **Una mujer recibe el encargo de anunciar la resurrección a quienes después serán reconocidos como los grandes anunciadores del Evangelio.** Resulta difícil encontrar una imagen más elocuente para cuestionar la idea de que las mujeres estaban destinadas a ocupar un lugar secundario y silencioso en la transmisión de la fe.

Una autoridad que no siempre fue aceptada

La importancia de María Magdalena no desaparece en los escritos cristianos posteriores al Nuevo Testamento. En el llamado *Evangelio de María*, un texto cristiano antiguo, probablemente compuesto en el siglo II y que no forma parte de la Biblia, encontramos una representación especialmente interesante de su figura. María aparece como una discípula que transmite enseñanzas de Jesús y anima a los demás cuando están desorientados. Sin embargo, su autoridad es cuestionada. Pedro pone en duda que Jesús haya podido confiar a una mujer enseñanzas que no había comunicado a los demás discípulos. Leví (Mateo) interviene en su defensa.

No podemos leer este escrito como una crónica histórica de una discusión que necesariamente tuvo lugar. Pero sí constituye un testimonio valioso de las diferentes formas en que las comunidades cristianas antiguas recordaban y representaban su autoridad. En algunas corrientes del cristianismo primitivo, María Magdalena fue considerada una figura con capacidad para enseñar, interpretar y transmitir las enseñanzas de Jesús.

Estos textos nos permiten vislumbrar tensiones en torno al liderazgo, la autoridad espiritual y el lugar de las mujeres en las comunidades cristianas. Afirmar que la historia de la Iglesia primitiva fuera una lucha entre una María Magdalena igualitaria y un Pedro patriarcal sería, evidentemente, una simpleza. La realidad fue mucho más compleja. Pero sí podemos reconocer que la autoridad de las mujeres fue una cuestión debatida desde los primeros siglos del cristianismo.

Y la pregunta sigue siendo profundamente actual: **¿Por qué resulta tan difícil reconocer la autoridad espiritual de una mujer cuando no está avalada por un varón?**

Apóstola de los apóstoles… ¿y después?

Como decíamos, en 2016, el papa Francisco dispuso que la celebración litúrgica de María Magdalena, el 22 de julio, pasara de "Memoria obligatoria" a "Fiesta", un rango litúrgico que comparte con las celebraciones de los apóstoles. El decreto incorporó además un prefacio propio que la reconoce expresamente como *apostolorum apostola*, apóstola de los apóstoles, un reconocimiento importante, que recupera una antigua tradición y destaca su papel como primera anunciadora de la resurrección.

No obstante, también pone de manifiesto una contradicción que merece nuestra atención: la Iglesia reconoce solemnemente la misión apostólica de María Magdalena, pero sigue manteniendo importantes limitaciones al ejercicio de la autoridad y de determinados ministerios por parte de las mujeres. Es cierto que el reconocimiento de su misión no equivale, por sí mismo, a demostrar que ejerciera un ministerio ordenado tal como lo entendemos actualmente. Sería anacrónico trasladar sin más las estructuras eclesiales de hoy al cristianismo del siglo I. Pero tampoco podemos ignorar la fuerza de lo que cuentan los evangelios: Jesús confía a una mujer el anuncio central de la fe cristiana. Una mujer es enviada a comunicar a los demás discípulos la noticia que dará origen a la predicación pascual.

Y, sin embargo, veinte siglos después, seguimos discutiendo hasta dónde puede llegar la palabra de las mujeres en la Iglesia. **¿Cómo podemos celebrar a María Magdalena como apóstola de los apóstoles y seguir encontrando tantas resistencias a reconocer plenamente el liderazgo femenino dentro de la Iglesia?**

Recuperar a María Magdalena es recuperar nuestra historia

Durante mucho tiempo, las mujeres cristianas hemos recibido una historia de la Iglesia contada principalmente a través de sus protagonistas masculinos: apóstoles, obispos, teólogos, grandes predicadores... Las mujeres aparecían con frecuencia en segundo plano, vinculadas a su maternidad, su virginidad, su penitencia o su servicio silencioso.

Pero cuando volvemos a las fuentes, descubrimos una realidad mucho más rica: encontramos mujeres que sostuvieron comunidades, acogieron a los primeros grupos cristianos, anunciaron el Evangelio, participaron activamente en la transmisión de la fe y ejercieron diversas formas de responsabilidad y liderazgo. María Magdalena es una de ellas.

La teóloga feminista Elisabeth Schüssler Fiorenza nos ha invitado a recuperar la memoria de las mujeres de los orígenes cristianos, a preguntarnos quiénes han contado la historia y qué voces han quedado fuera del relato. Porque la historia nunca es solamente una acumulación de hechos. También es una selección de recuerdos, una interpretación de acontecimientos y una construcción de modelos. Y durante demasiado tiempo, las experiencias y las aportaciones de las mujeres han sido relegadas a los márgenes de esa memoria.

Recuperar a María Magdalena no significa inventar una heroína, ni atribuirle responsabilidades que las fuentes históricas no permiten demostrar. Significa algo mucho más sencillo y, al mismo tiempo, mucho más transformador: **dejar que su propia historia vuelva a hablar.** Devolverle su identidad de discípula, reconocer su testimonio, recuperar su palabra y preguntarnos por qué durante siglos hemos escuchado tantas cosas sobre sus supuestos pecados y tan pocas sobre su misión.

Porque el silenciamiento de las mujeres no siempre consiste en borrar sus nombres. A veces basta con contar sus historias de otra manera, destacar unas facetas y ocultar otras, convertir a las protagonistas en personajes secundarios.

María Magdalena no fue la prostituta arrepentida que tantas veces nos presentaron. Fue **discípula, testigo y anunciadora**. Una mujer cuya palabra ocupa un lugar fundamental en el relato fundacional del cristianismo.

Y quizá por eso su historia sigue teniendo tanta fuerza.

Porque recuperar a María Magdalena no consiste solamente en hacer justicia a una mujer del pasado. Consiste también en reivindicar el derecho de las mujeres de hoy a ocupar el lugar que les corresponde en la Iglesia. **No queremos seguir siendo personajes secundarios de una historia que también es nuestra.**

Ni sumisas, ni calladas.

Para seguir profundizando

Bibliografía

Bernabé Ubieta, Carmen (2020). *Qué se sabe de... María Magdalena*. Estella: Editorial Verbo Divino. Un estudio histórico-crítico especialmente recomendable para profundizar en la figura de María Magdalena, su presencia en los evangelios y la transformación de su imagen a lo largo de los siglos. Analiza también la importancia de su memoria para la Iglesia actual.

Consultar en Editorial Verbo Divino

Bernabé Ubieta, Carmen (1994; 2.ª ed., 2020). *María Magdalena. Tradiciones en el cristianismo primitivo*. Estella: Editorial Verbo Divino. Una investigación más especializada sobre las tradiciones acerca de María Magdalena en los evangelios, los escritos cristianos no canónicos y las primeras comunidades.

Consultar en Editorial Verbo Divino

Schüssler Fiorenza, Elisabeth (1989, edición española). *En memoria de ella. Una reconstrucción teológico-feminista de los orígenes del cristianismo*. Bilbao: Desclée de Brouwer. Una obra fundamental de la teología feminista que propone recuperar el protagonismo de las mujeres en los orígenes cristianos y revisar críticamente las interpretaciones patriarcales de la historia de la Iglesia.

Documentos y textos para consultar

Los evangelios canónicos: Lc 8,1-3; Mc 15,40-41; Mt 28,1-10; Lc 24,1-12; Jn 20,1-18. Son las fuentes más antiguas y fundamentales para conocer el lugar de María Magdalena en el movimiento de Jesús y en las tradiciones pascuales.

Evangelio de María. Texto cristiano no canónico de la Antigüedad. Especialmente interesante para conocer cómo algunas comunidades representaron la autoridad espiritual de María Magdalena y los conflictos en torno a ella.

Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos (2016). Decreto sobre la celebración de santa María Magdalena.

Consultar el comunicado del Vaticano

Filmografía

María Magdalena (2018). Dirección: Garth Davis. Con Rooney Mara y Joaquin Phoenix.

Una película que intenta recuperar la figura de María Magdalena como discípula de Jesús, alejándose de la tradicional representación de la prostituta arrepentida. Aunque contiene elementos de ficción y licencias narrativas, ofrece una perspectiva interesante para reflexionar sobre el papel de las mujeres en el movimiento de Jesús.

The Chosen (Los elegidos, desde 2017). Serie creada por Dallas Jenkins.

Una recreación de la vida de Jesús y de la comunidad de discípulos que lo acompañaron. Uno de sus aspectos más interesantes es la presencia visible de las mujeres dentro de ese grupo, especialmente María Magdalena, presentada como una discípula cercana a Jesús y partícipe de la vida comunitaria. Aunque incorpora numerosos elementos de ficción y conserva ciertos estereotipos tradicionales sobre el papel femenino, la serie ofrece una oportunidad para imaginar un movimiento de Jesús en el que las mujeres también tenían voz, presencia y protagonismo.

«Ni sumisas, ni calladas. Mujeres audaces en la Iglesia» es una iniciativa de la Revuelta de Mujeres en la Iglesia para recuperar la memoria de mujeres que, a lo largo de la historia del cristianismo, rompieron moldes, desafiaron las expectativas de su época y contribuyeron a construir una Iglesia en la que también queremos reconocernos.

Revuelta de Mujeres en la Iglesia – Madrid